

El teatro de la vida



DECORADO

Un desierto africano. Si se tratase de una coproducción con Italia, valdrán los arenales de cabo de Gata, en Almería, siempre que se oculte el faro o se haga ver al espectador claramente que se encuentra ante un espejismo. Cuatro palmeras compondrán el coro de las lamentaciones. Al fondo, en el lateral izquierdo, aparecerá un forlillo representando un oasis.

Entra en escena Alphonso de Arabia, cargando una pesada maleta. Parece perdido, aunque intente disimularlo entonando una de esas canciones que le hicieron popular en numerosas salas de fiestas europeas. Viste a la usanza árabe. Nuestro hombre, cansado de la soledad del desierto y de que nadie se haya fijado en él durante tres largos días, abre los brazos y se dirige a las palmeras, únicos testigos de su irrefrenable avance.

ALPHONSO.—Soy un tremendo apocalíptico socialista y antiburgués que ha roto en su vida privada y pública casi todos los tabúes de la más progresiva sociedad española. Estoy adscrito furiosamente a la tradición popular. El pueblo es mi materia, en eso está mi pequeñez y mi gloria. No gustándome el ochenta por ciento de las llamadas virtudes burguesas, reacciono para defender el veinte por ciento de virtudes burguesas útiles.

CORO DE PALMERAS VIRGENES:

Alphonso de Arabia, Alphonso, déjanos ya de liar, que ni estando en el desierto tranquilas podemos estar.

Vete para Beirut, Alphonso, que allí podrás estrenar, pues en las «public relations» tú bien te debes de andar.

Autor que busca mercados nunca se ha de parar habiendo un Polo Norte y desiertos por arar.

ALPHONSO.—La élite extranjerizante, la que da gato por liebre, la que resulta infecunda, la que trata de convencer a los españoles de que son unos pobres desgraciados en manos de los «yanquis», la que se rebela a través de las obras de teatro contra el Opus, al tiempo que recibe favores del Gobierno y se muestra de este modo traidora a sus ideas, sin más mito ni adoración que el del becerro de oro, esa debía ir llana y clarísimamente al paredón.

CORO DE PALMERAS VIRGENES:

Contente, Alphonso de Arabia, que comienzas a pisar un camino que no lleva adonde quieres llegar.

Si al sastre hoy acusas como acabas de acusar, recuerda que otros sastres desnudo te pueden dejar.

años, respeten los tabúes y los actos injustos.

JOVEN 2.—Una cosa es que tenga espejismos y otra muy distinta es que venga a jorobarnos la marrana en pleno desierto.

JOVEN 1.—Se va a extrañar, pero puestos a elegir, preferimos a Brecht.

ALPHONSO.—El inactual Brecht, el demagógico Brecht; el Brecht frato de la revolución marxista del diecisiete, arqueoló-

ALPHONSO DE ARABIA

(Drama para desierto y orquesta)

Si no valoramos todos los valores que te das, no nos llames guerrilleros, que te vas a equivocar.

ALPHONSO.—En cuanto la revolución se confunde con una pedrea, fallece en el acto. Cuando estuve en América, las guerrillas se ponían en contacto con los asesinos más vulgares con objeto de que éstos dieran golpes de mano, robaran el dinero a manos llenas y lo partieran con los guerrilleros, los que aplicarían a sus ideales.

Una polvareda, a lo lejos, anuncia la aparición en escena de un grupo de jinetes pertenecientes a las juventudes africanas de teatro «underground». Galopan a lomos de briosos corceles blancos, que, como se sabe, es el vehículo predilecto de las juventudes «underground» de estas latitudes.

JOVEN 1.—¡Qué hora más absurda de salir al desierto!

JOVEN 2.—¡Cuánto pecador en busca de su espejismo!

Alphonso parece irritarse por momentos ante la rueda que a su alrededor realizan los jóvenes.

ALPHONSO.—Nosotros, los que hemos cumplido más de cuarenta años, tenemos muchas cosas que decir. Muchísimas.

JOVEN 3.—¡Pero si es Alphonso de Arabia!

ALPHONSO.—Siempre que veo a un chico de veintitrés años en un puesto clave, pienso en el tragicómico esfuerzo de la sociedad por pervivir. Si tendrá miedo esta sociedad, que es capaz de ser mandada por niños de ocho años con tal de que esos niños, cuando lleguen a los treinta

gico Brecht, tan ineficaz, tan inactual como Calderón! El Brecht de la vocecita aflautada, de los ojitos pequeños; el mito Brecht, el Brecht que no hay quien coja sin que se te caiga a los suelos desde «Madre Coraje» a «Galileo».

JOVEN 3.—Se ha salvado porque está muerto.

JOVEN 2.—Si le llega a poner la mano encima, también se le lleva al paredón.

JOVEN 1.—Con tal de llamar la atención...

ALPHONSO.—La pretendida rebeldía juvenil, en nuestros momentos, es un tópico como una casa. Me interesa más concretamente la rebeldía de los hombres de más de cuarenta años, que son, en definitiva, los que tienen algo que perder. Espero que el Gobierno tenga muy en cuenta a los que se meten con él para hacerse propaganda y a los que nos metemos con él porque hemos adoptado una postura crítica coherente e insobornable.

CORO DE PALMERAS VIRGENES:

Alphonso de Arabia, Alphonso, está muy feo apuntar, pues si tu dedo se vuelve se te puede disparar.

Cuando tú llegues al cielo, pues el cielo alcanzarás, seguro que cierras las puertas y nos dejas sin entrar.

Alphonso, no nos condenes a quedarnos sin pasar, que abajo hace corriente y nos vamos a enfriar.

ALPHONSO.—En cuanto admitamos que Dios puede enviar una catástrofe porque conviene a sus fines, y aunque no lo entendamos, debemos admitir que esa catástrofe toma parte de los planes in-

escrutables de Dios, estaremos en el camino de la realidad de Dios.

JOVEN 1.—A propósito, ¿qué hacían ustedes mientras estaba cayendo la primera bomba sobre Hiroshima?

ALPHONSO.—Cuando, hace veinticinco años, yo estrenaba mi primera comedia, coincidía con un hecho verdaderamente apocalíptico. Los Estados Unidos arrojan la primera bomba sobre Hiroshima. Recuerdo que en una pequeña tertulia que teníamos los jóvenes de Arte Nuevo en el café de Lepanto se comentó el hecho, y recuerdo que, insensatamente, nadie le dio la menor importancia a la cosa. No sé si teníamos demasiadas ganas de vivir o si no nos dábamos perfecta cuenta de lo que se le estaba viniendo encima a la Humanidad.

JOVEN 1.—Lo lamentamos, pero tenemos bastante prisa.

Los jinetes, ligeramente fatigados con el amistoso encuentro, vuelven grupas y se pierden desierto arriba. Alphonso de Arabia, al darse cuenta de que se ha quedado sin auditorio y que incluso las palmeras han tocado retirada en busca del oasis más próximo, abre la maleta e inicia el montaje de su muro de las lamentaciones portátil. Cuando éste ha alcanzado la altura deseada, comienza a musitar sus quejas sobre la juventud.

Desgraciadamente, acaba de levantarse el simún, y sus palabras se las lleva el viento sin que lleguen a nuestros oídos. Nubes de arena invadirán el patio de butacas. Cuando el público comience a abandonar precipitadamente el local, se escuchará una voz desgarradora, que, a ser posible, deberá partir los corazones en la medida de lo viable.

VOZ.—¡Mi reino, mi reino, por un café! ¡El último café!

F I N

(El presente ejercicio dramático es un simple juego imaginario. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Tan sólo las frases pronunciadas por el irreal personaje Alphonso de Arabia han sido extraídas del diario «El Alcázar», y concretamente de la sección «Digo yo que...», cuyo autor es el señor Paso. Estos artículos aparecieron durante los años 1970, 71 y 72.)

GUY DE LA RUE

EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—¡Vaya un arroyo! Mira: ¡otra cacal!



—Eres tan tonto, que les voy a decir a tus padres que te hagan un seguro.

